

Concurso Literario Ganador 1º Bachillerato

A Su Majestad el Rey Carlos I de España, V de Alemania día de 29 de abril, anno domini 1548, por parte del Duque Jorge Luis de Villanueva. Su humilde vasallo y previamente nombrado Virrey de Nueva España pide consejo a su rey ante una situación difícil derivada de los acontecimientos narrados a continuación.

Tras una larga travesía comenzada desde el puerto de Palos de la frontera, el navío Gibraleón, botado en el mencionado lugar en el año de nuestro señor 1546 llegó a las Indias Occidentales tres días antes del solsticio de invierno de acuerdo con el sacerdote Julián Villalobos. La tripulación formada por el sacerdote, el Capitán del Gibraleón Daniel Montoya, la cronista Montse Navarro y veinte grumetes ocupados del mantenimiento y de ser soldados de Nueva España. A nuestra llegada a una playa fuera de los mapas conocidos por el Capt. Montoya se nos presentaron dos docenas de indios. El sacerdote Villalobos pidió calma a los soldados que se veía amenazados y comenzó a comunicarse con los indios que no retrataba de azteca. Tras cierto tiempo, Villalobos explicó como nuestro rumbo debía de haber sido alterado en plena travesía, ya que la ciudad recientemente fundada, Durango se encontraba a una semana en barco. Y fue, de muy mala oración, que no tuviésemos suficientes provisiones para proseguir nuestro viaje.

Ante estos hechos pedimos alimento y guía a los indígenas no sometidos a la fe de Cristo y al poder de la Corona de España. Los individuos aceptaron sin inconvenientes a llevarnos a Durango, a pesar de las advertencias del Capitán Montoya que desconfiaba de ellos. Los indios, llamados entre sí 'hermanos', nos llevaron a un poblado no muy alejado de la costa en el que vivían unos diez mil 'hermanos'. Estos parecían carecer de gobierno, y sin embargo mantenían un buen control, pero no carecían de mujeres bellas ante las que muchos soldados parecían estar embobados. Ciertamente eran de una preciosidad que tan solo mostrándoos una de ellas, media corte desearía haber participado en la travesía únicamente por verlas. No obstante, el capitán Montoya ordenó que no se dejarán engatusar ni un mínimo por el curioso poblado de 'hermanos' y nos pidió continuar en dirección a Durango. Los soldados hipnotizados negaron obediencia y manifestaron su deseo de quedarse cierto tiempo en el poblado, deseo que casi compartía. Finalmente media tripulación, diez grumetes, se quedaron custodiados por el cura, que aprendió de su cultura, mientras que nosotros partimos guiados a través de la espesa jungla hasta alcanzar Durango.

A día de hoy, ya seguros en la ciudad, el sacerdote Villalobos explicó que los 'hermanos' eran un pueblo único en todo el Imperio por su longevidad desde tiempos y cultura especial en los astros y su observación y recomendó que, a pesar de ser diferentes, los nuevos hombres del Imperio debían abrazar el cristianismo, desechando su paganismo y seguido de esto, dejar a los 'hermanos' en paz y con

Dios. Mientras que el Capitán Montoya, que es de buena familia, recomienda el exterminio del poblado por raptar con su belleza a los diez soldados. Sin embargo, desearía hacer una excepción con la cristianización y dejar a este poblado vivir sin inconvenientes y en sociedad ya que, desde mi humilde punto de vista ante su poder conferido por Nuestro Señor, la llegada a esa playa no fue casual, y que de las largas costas del Nuevo Mundo, nuestro barco acabó cerca de ese poblado. Por tanto, con su inmensa sabiduría le pido consejo sobre el destino de los 'hermanos'. ¿Qué debería, bajo sus ordenes, hacer?